



CHAMÁN COFÁN. FOTOGRAFÍA DE RICHARD EVANS SCHULTER.

PATRIMONIO INMATERIAL DE LA NACIÓN

LENGUAS COLOMBIANAS*

DANIEL AGUIRRE LICHT

i Lenguas colombianas?, dirán ante un título como éste muchos colombianos todavía empecinados en creer que lo único que vale la pena en nuestro país –y en el subcontinente latinoamericano– es lo que nos ha legado Europa, la lengua española por ejemplo, y que las manifestaciones vernáculas de este territorio son, a lo sumo, reminiscencias de un pasado que aún nos abochorna, con ‘dialectos’ o ‘jergas’ –que no lenguas– hablados por las sociedades indígenas y afrocolombianas; con ‘hechicerías’ –que no prácticas religiosas–, como consideramos sus creencias; y con ‘artesanías’ –que no arte–, como llamamos a su cultura material, testimonios todos de esa milenaria memoria ancestral americana que se resiste a morir junto con sus portadores.

Lo cierto es que en el país todavía se hablan cerca de 70 lenguas de las que hablaban los pueblos milenarios que encontraron los españoles a su llegada a esta

región de América, y dos lenguas de las llamadas ‘criollas’, resultado de estrategias de supervivencia de los descendientes de esclavos africanos raptados al Nuevo Continente; lenguas que desde entonces han sobrevivido a los intentos de exterminio de sus hablantes o, en el mejor de los casos, al desprecio y la ignorancia –fruto de la amañada historia de los europeos vencedores sobre los amerindios vencidos– que retrataron a un indígena degenerado y salvaje y que robaron y escondieron su conocimiento. Historia que a la postre se ha venido develando, cuando se reconoce que los indígenas conformaban sociedades mucho más complejas de lo que se ha dicho, y que su supuesto ‘atraso’ o ‘salvajismo’ obedece más a la imposibilidad de ser interpretadas por parte de la Europa de entonces, desde sus propios parámetros, o a las circunstancias en que se desarrolló la Conquista, donde era imprescindible negar la memoria y aumentar la visión negativa de este lado del mundo y sus gentes, pues una cosa era lo que acá había y sucedía y otra lo que llegaba a los oídos de los reyes de España.¹

* Una versión resumida y recortada de este artículo apareció en la edición especial de la revista *Semana*, N° 1.208 (junio 27 a julio 4 de 2005), Colombia ésta es tu herencia, dedicada al patrimonio inmaterial colombiano bajo el título: “Se habla en...”, págs. 166 y 167.

¹ Véanse, por ejemplo, las obras de CABARCAS (1994) y NIETO (2000) en la bibliografía.

Hoy, cuando desde los mismos Estados Unidos y Europa se cuestiona la pretensión de universalidad de la ciencia de Occidente, y sus más preclaros exponentes aceptan que su desarrollo ha sido utilizado más para beneficio de sus propios pueblos que de la especie humana o el planeta en general, y que, por el contrario, gran parte del mundo ha tenido que ser sacrificado para su provecho, se empiezan a oír las voces de todos aquellos pueblos subyugados, despreciados e ignorados que aportan otras visiones del mundo, otras maneras de comprender la naturaleza y de comprenderse a sí mismos a través de sus lenguas maternas, aquellas que han sobrevivido al afán de homogeneización de la especie humana por parte de las elites de los pueblos a la vanguardia de la técnica moderna, que arrasa y manipula la naturaleza para el beneficio propio, como si todo estuviera en función del hombre y éste se redujera a un cúmulo de sensaciones y necesidades, un sujeto/objeto de producción y consumo, una mera mercancía.

Colombia, país situado en las cabeceras de Suramérica, presentaba un alto índice de diversidad de pueblos a la llegada de los europeos, pueblos endémicos de este continente que confluían en esta región por su posición intermedia entre el norte y el sur del continente, que se mantuvieron aislados por la escabrosa topografía y diferenciados por el hecho de que ninguno de ellos había logrado subyugar a los otros.

El profesor Jon Landaburu dice al respecto:

Esta fragmentada geografía y esta intrincada historia, en buena parte imposible de reconstruir, produjeron muy notable diversidad lingüística y variedad perceptible tanto en lo tipológico como en lo genético, únicas, a esa escala, en todo el continente americano.²

Y el profesor Patiño Rosselli afirma:

En nuestras tierras es dable pensar que el multilingüismo fue favorecido tanto por la atomización política de los grupos aborígenes –ausencia de un poder culturalmente unificador– como por la presencia de grandes barreras geográficas.³

Por último, la lingüista María Trillos, un poco más en detalle, escribe:

La posición privilegiada de Colombia, a la salida del istmo de Panamá, punto de contacto interoceánico e interamericano, estimuló el tránsito y posterior asentamiento de pueblos con diferentes usos y costumbres; diásporas que se originaron en la Amazonía, la Orinoquía y el Macizo Guayanés; oleadas migratorias mesoamericanas; expansiones desde los Andes meridionales; travesías desde las costas del Pacífico hacia el istmo de Panamá; reflujos desde las Antillas hacia el litoral Caribe y los valles interiores de los ríos Cauca y Magdalena.⁴

Esta situación se mantuvo hasta finales del siglo pasado, cuando la ‘globalización’ irrumpió definitivamente en sus territorios –que ven como ‘madre’ o ‘fuente creadora’ antes que como lugar de habitación–, dando paso a un individuo moderno de una desmedida insatisfacción, a un espécimen que no repara en sacrificar para sí mismo la especie y el planeta.

La sola presencia actual de los pueblos indígenas del país –como de todo el continente– es una lección de orgullo propio y de desafío a los americano-europeos descendientes que no han dejado de aniquilarlos en su propia casa; que aun mantengan sus lenguas es muestra de la fidelidad a su pensamiento propio.

Desde los comienzos de la Conquista hasta nuestros días, son incontables los pueblos amerindios que han sido exterminados con sus culturas y lenguas. Al vaivén de los caprichos de los reyes de España, las lenguas indígenas en ocasiones fueron protegidas para facilitar la ‘civilización’ de los indígenas; o algunas de ellas utilizadas a la manera de lenguas ‘generales’ o ‘francas’, como paso intermedio para aprender el español; o fueron definitivamente prohibidas para dar paso al español y, en general, a toda la empresa evangelizadora, que pretendía dar al traste con las sociedades indígenas, sus culturas, lenguas y creencias, y permitir ‘civilizar’ a los ‘salvajes’ americanos.⁵

² LANDABURU (2000), pág. 25.

³ PATIÑO (2000), pág. 68.

⁴ M. TRILLOS (2003), pág. 44.

⁵ Se pueden ver al respecto las obras de ORTEGA (1978) y TRIANA Y ANTORVEZA (1987) en la bibliografía.

El número de lenguas autóctonas en lo que es hoy el territorio colombiano bien podría haber sido más del doble del de ahora. El cúmulo de lenguas que encontraron los españoles a su arribo fue motivo de preocupación. Colón escribió en su diario que cada provincia parecía tener su propia lengua, y el historiador Juan Friede anotaba:

... en cada pueblo hay una lengua que casi no se entienden de los unos pueblos a los otros.⁶

Gestos manuales y corporales, intérpretes asiáticos o africanos, lenguas indígenas ‘generales’ o ‘francas’ se utilizaron desde un comienzo para superar la barrera de la comunicación. Al respecto, el profesor Patiño (2000) nos trae dos citas del *Diario* de Colón (1986):

“Yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos, y les hice señas que era aquello, y ello me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar y se defendían”.⁷

“Y yo estava atento y trabajava de saber si avía oro, y vide que algunos d’ellos traían un pedaçuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz. Y por señas puede entender que, yendo al Sur o bolviendo la isla por el Sur, que estava allí un Rey que tenía grandes vasos d’ello y tenía mucho”.⁸

Y más adelante dice:

El Almirante traía expertos en idiomas como el árabe y el hebreo, ya que pensaba llegar a los dominios del Gran Kan, o sea, a China.⁹

Desde la Conquista, aunque en un número muy reducido, siempre hubo individuos interesados por estas lenguas. Ya en el siglo XVI se hacían gramáticas de las lenguas indígenas, y en este siglo y el XVII se inauguraron cátedras para la enseñanza de algunas de ellas, sobretodo las llamadas lenguas ‘generales’.¹⁰

⁶ Citado por TRIANA Y ANTORVEZA, op. cit., pág. 10.

⁷ PATIÑO, op. cit., pág. 69.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Es decir, lenguas que por sus características y cobertura podían ser aprendidas fácilmente y habladas por otras sociedades indígenas. Véanse: ORTEGA, op. cit., y TRIANA Y ANTORVEZA, op. cit.



BREVÍSIMA
RELACIÓN
DE LA
DESTRUCCIÓN
DE LAS INDIAS.
GRABADOS DE
THÉODORE DE BRY.
1598.

Es indicado recordar aquí el nombre de Gonzalo Bermúdez, el religioso bogotano que desde 1582 fue el primer catedrático de lengua muisca en el país.¹¹

Pero el *maremagnum* de lenguas estaba lejos de ser despejado. El profesor Landaburu, en su artículo sobre la clasificación de las lenguas indígenas de Colombia, escribía sobre esa época:

Los intentos realizados en el siglo XVI y en el XVII para ordenar este supuesto caos, son escasos (fray Esteban de Asensio, Fernández de Piedrahita), y van dirigidos principalmente a averiguar el área de expansión de las lenguas más habladas, según la perspectiva de entonces de buscar ‘lenguas generales’. [...] Hay que esperar el siglo XVIII para que los jesuitas de las misiones de los llanos del Orinoco empiecen a despejar el campo.¹²

Desde el siglo XVIII se aventuraban hipótesis sobre el número de Familias lingüísticas presentes en nuestro país (a las que se suelen afiliar las lenguas por rasgos compartidos), número que oscilaba entre 6 y 20 familias, según el investigador. Nombres como Filippo Salvatore de Gilij, Marcelino Castellví, Jijón y Caamaño, Daniel Brinton, Chestmir Loukoutka, Joseph Greenberg y Paul Rivet, están asociados a los intentos de clasificación de las lenguas indígenas colombianas a partir de su afiliación o no a Familias lingüísticas, esto, con exploraciones hechas hasta la primera mitad del siglo XX.

¹¹ PATIÑO, op. cit., pág. 71.

¹² LANDABURU, op. cit., 26.

En el siglo XIX y comienzos del XX viajeros, europeos principalmente, interesados en el panorama de las lenguas del mundo, pasaron por nuestro país y recogieron datos que, junto con los de contados investigadores nacionales, fueron dando las bases para su clasificación. De nuevo, el profesor Landaburu escribe para estos años:

Hay que esperar el surgimiento de la ‘americanística’ europea para que, de los documentos aportados por viajeros, etnógrafos y filólogos reaparezcan, a fines del siglo XIX, intentos clasificatorios.¹³

Sólo hasta la segunda mitad del siglo XX, con el avance de la lingüística moderna, que analiza la estructura y características formales de las lenguas sobre parámetros más exactos e inequívocos (como la naturaleza y posición de los órganos fonatorios en las articulaciones); y sin prescindir del escrutinio del significado de las mismas a través de la semántica gramatical –como lo hace la lingüística europea– se pudo despejar un panorama hasta entonces bastante confuso.

De las lenguas indígenas de nuestro país poco se sabía a mediados del siglo pasado. Fuera de los intentos de clasificación por parte de extranjeros y nacionales, como se dijo, pocos estudios puntuales sobre ellas se habían llevado a cabo hasta entonces. Esporádicamente algún estudiante decidía emprender como trabajo de grado el análisis de una de estas lenguas, pero en general su interés era nulo, aunque literatos nacionales como Jorge Isaacs las habían tenido en cuenta desde tiempo atrás.

Ante esta situación, en la década de los sesenta del pasado siglo se pidió la intervención de los lingüistas del Instituto Lingüístico de Verano (Summer Institute of Linguistics) con el ánimo de hacer el estudio de las lenguas vernáculas del país –habida cuenta de que no había aquí personal especializado en lingüística capaz de llevar a cabo esta tarea–, a partir de la firma de un convenio entre el presidente Alberto Lleras Camargo y este instituto. Era la primera vez que se abordaban en bloque y con las técnicas modernas de análisis lingüístico las lenguas vernáculas colombianas. Los indígenas vieron en ellos más un afán proselitista que académico en sus investigaciones por su particular interés en hacer

traducciones de la Biblia; no obstante, estos lingüistas norteamericanos adelantaron análisis para muchas lenguas indígenas colombianas.

En la década de los ochenta del siglo pasado, como resultado de un nuevo impulso en la lucha de las comunidades indígenas del país, y que hacía eco al movimiento de emancipación y reconocimiento de las sociedades tribales e indígenas en nuestro continente –movimiento comenzado alrededor de los años sesenta– se vio un interés mayor por parte de un buen sector de la población colombiana y de la academia acerca del destino de estos pueblos y se empezaron a valorar sus particularidades –entre ellas sus lenguas–, hasta entonces ignoradas.

Es así como el Instituto Caro y Cuervo, el organismo encargado por excelencia de cuidar el español de nuestro país, inicia una serie de eventos en torno a las lenguas indígenas, y algunas universidades comienzan programas de maestría dirigidos al conocimiento de estas lenguas autóctonas. En la Universidad Nacional, sede Bogotá, se abre una línea de énfasis en lenguas indígenas, dentro de la Maestría en Lingüística; en la Universidad de los Andes se abre un programa dedicado exclusivamente a estas lenguas. Las lenguas indígenas, de esta forma, estaban volviendo a las aulas.

La etnolingüista María Trillos registra así este momento:

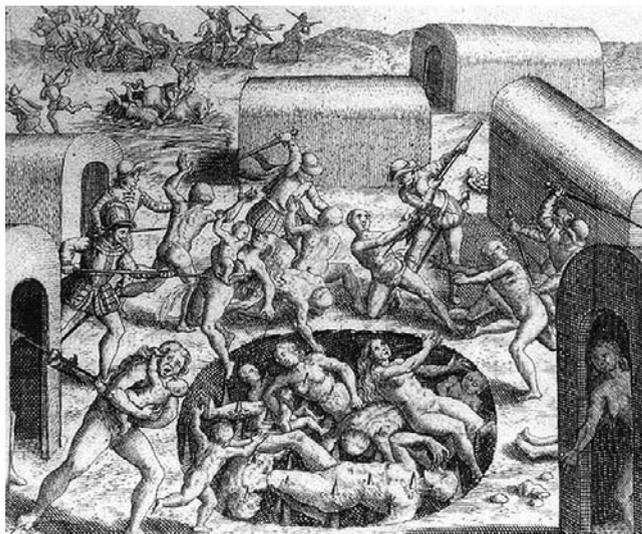
De 1986 a 1988, el Instituto Caro y Cuervo realiza en Yerbabuena tres eventos: “Elaboración de criterios para la conformación de alfabetos indígenas” (1986), “Denominaciones de lenguas y etnias indígenas en Colombia” (1988) y “Estado actual de la clasificación de las lenguas indígenas de Colombia” (1988). Para esto, el doctor Ignacio Chaves Cuevas, director del Instituto, y la profesora María Luisa Rodríguez de Montes –del departamento de Lenguas Indígenas– reunieron un equipo de lingüistas y antropólogos, entre otros, Francisco Queixalos, Elsa Gómez-Imbert y Jon Landaburu, del Centre National de la Recherche Scientifique –CNRS– de Francia; Carlos Patiño Rosselli y Olga Ardila, de la Universidad Nacional y Ximena Pachón, del Instituto Colombiano de Antropolo-

¹³ *Ibid.*

gía, quienes a su vez convocaron a los investigadores de diversas instituciones nacionales y extranjeras que estudiaban las lenguas y las culturas colombianas, para discutir a partir de datos tomados *in situ*, la situación de cada lengua en particular.¹⁴

En 1984 se creó la Maestría en Etnolingüística del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, en convenio con el CNRS de Francia, por iniciativa del lingüista vasco francés Jon Landaburu, investigador de dicho centro. Esta Maestría empezó a formar investigadores lingüistas especializados en las lenguas indígenas del país. En 1987 se graduaron los primeros expertos en lenguas colombianas, los que junto con los profesores de la Maestría fundaron el Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes –CELA, con el fin de dar continuidad a estas investigaciones y velar por el fortalecimiento y divulgación de estas lenguas. En cuatro promociones, de donde han salido graduados 48 investigadores, nacionales indígenas, no indígenas y afrocolombianos, y extranjeros, se han estudiado 38 de las 68 lenguas colombianas que se habían clasificado en el país hasta ese momento.

En el mapa “Diversidad Lingüística de Colombia”, elaborado a partir de los datos recogidos por los investigadores del CELA a finales del siglo pasado, aparecen 12 Familias lingüísticas que hacen presencia en nuestro país, con 56 lenguas indígenas plenamente identificadas, más 10 consideradas independientes –pues no se les ha visto relación con ninguna otra lengua– y dos lenguas llamadas ‘criollas’, habladas por los descendientes de los africanos secuestrados a este continente y que, como las lenguas indígenas, eran consideradas hasta hace poco –y por muchos aun– ‘jergas’ o ‘jeringonzas’ –en el sentido de ‘lenguas imperfectas’– o, en el mejor de los casos, ‘dialectos’, deformaciones del español. Se puede ver en el mapa que, en la gran mayoría, su presencia está en las zonas fronterizas del país, las que han estado marginadas; además, que se encuentran en todos los tipos de paisajes geográficos: desierto, llanura, selva, piedemonte, montaña y nevado, como corresponde a nuestro territorio.



BREVÍSIMA
RELACIÓN
DE LA
DESTRUCCIÓN
DE LAS INDIAS.
GRABADOS DE
THÉODORE DE BRY.
1598.

Las doce familias lingüísticas, con sus lenguas y nombres de pueblos, clasificadas por las investigaciones del CELA para fines del siglo pasado, son:

1. *Chibcha*: kogui, ika (aruakos), damana (wiwas), ette taara (chimilas), uwa (tunebos), barí, tule (kunas).
2. *Arawak*: kurripako, baniva (del Isana), kawiyarí, yukuna, piapoko, tariano, achagua, baniva (del Guainía), wayuniaki (wayús).
3. *Karibe*: karijona, yukpa (yukos).
4. *Kechua*: inga.
5. *Tukano*: koreguaje, siona, kubeo, pisamira, piratapuyo, wanano, desano, karapana, tukano, tatuyo, taiwano, barasana, bará, makuna, tuyuka, yurutí, siriano, tanimuka.
6. *Sáliva-piaroa*: sáliva, piaroa.
7. *Guajibo*: guayabero, sikuani, jitnu, kuiba,
8. *Makú-puinave*: puinave, yujup, kakua, nukak.
9. *Uitoto*: uitoto, okaina, nonuya.
10. *Bora*: muinane, bora, miraña.
11. *Chokó*: embera, waunana.
12. *Tupi*: kokama

Las 10 lenguas independientes según esta clasificación son: 1) andoke, 2) kofán, 3) kamentsá, 4) tinigua, 5) tikuna, 6) nasayuwe (paeces), 7) yagua, 8) namtrik (guambianos), 9) awabit (awá kaiker) y 10) yaruro.

Las dos lenguas criollas son el *criollo*, del palenque de San Basilio, y el *creol*, del archipiélago de San Andrés y Providencia.

Estudios posteriores y declaraciones de los indígenas sobre posibles otras lenguas habladas en el país, han arrojado cambios y adiciones. El *awabit*, hablado

¹⁴ TRILLOS, op. cit., pág. 31.

○ **Fam. ARAWAK**

- ① Wayuu
- ② Achagua
- ③ Piapoco
- ④ Kurripako
- ⑤ Baniwa
- ⑥ Kawiyari
- ⑦ Yukuna
- ⑧ Tariano
- ⑨ Baniba

△ **Fam. BORA**

- ① Muinane
- ② Bora
- ③ Miraña

□ **Fam. CARIBE**

- ① Yuko
- ② Karijona

⬡ **Fam. CHIBCHA**

- ① Kogui
- ② Ika
- ③ Damana (Wiwa)
- ④ Uwa (Tunebo)
- ⑤ Chimila
- ⑥ Barí
- ⑦ Kuna

⬢ **Fam. CHOCÓ**

- ① Embera
- ② Waunan

● **Fam. GUAHIBO**

- ① Sikuani
- ② Hitnu
- ③ Kuiba
- ④ Guayabero

○ **Fam. MAKU**

- ① Puinave
- ② Yujup-Maku
- ③ Cacua
- ④ Nukak

● **Fam. SALIBA**

- ① Saliba
- ② Piaroa

▲ **Fam. WITOTO**

- ① Witoto
- ② Okaina
- ③ Nonuya

■ **Fam. QUECHUA**

- ① Inga

◆ **Fam. TUPI**

- ① Cocama

⬢ **Fam. TUKANO**

- ① Coreguaje
- ② Siona
- ③ Kubeo
- ④ Pisamira
- ⑤ Piratapuyo
- ⑥ Desano
- ⑦ Carapana
- ⑧ Tucano
- ⑨ Tatuyo
- ⑩ Taiwano
- ⑪ Barasana
- ⑫ Bará
- ⑬ Macuna
- ⑭ Tuyuka
- ⑮ Yurutí
- ⑯ Siriano
- ⑰ Tanimuka

★ **Criollos**

- ★ San Andrés
- ★ Palenquero

☆ **Independientes**

- ① Andoe
- ② Tinigua
- ③ Tikuna
- ④ Yagua
- ⑤ Cofán
- ⑥ Kamëntsa
- ⑦ Páez
- ⑧ Guambiano
- ⑨ Awa (Kwaiquer)
- ⑩ Yaruro



BREVÍSIMA
RELACIÓN
DE LA
DESTRUCCIÓN
DE LAS INDIAS.
GRABADOS DE
THÉODORE DE BRY.
1598.

por los indígenas llamados awá, está clasificado ahora como de la Familia barbakoa; mientras que el *kokama*, clasificado entonces como de la Familia tupí, no parece tener hablantes ya en nuestro país; así como las lenguas *yaruro*, *yagua* y *tariano*, que entraron entonces en observación.

Dos lenguas sagradas de la Sierra Nevada de Santa Marta: una de los koguis, el *teyuna*; y otra de los wiwas, el *terruna*, se han agregado a la lista de las lenguas colombianas pervivientes. Igualmente, se adicionan a estas lenguas el *ñengatí* (de la Amazonia); el *tama* y el *makaguaje* (en proceso de fusión con el *coreguaje*); y el *yurí*, lengua que no había sido reportada hasta ahora.¹⁵

De las lenguas indígenas se puede anotar que solamente tres tienen un número de hablantes superior a los 50.000: el *wayunaiki*, hablado por los wayú (unos 150.000 hablantes en el territorio colombiano), en el desierto de la Guajira; el *nasayuwe*, hablado por los paeces en el departamento del Cauca (unos 100.000 hablantes), clasificada como lengua independiente; y el *embera*, hablado por todos los grupos embera que ocupan el occidente del país y se conocen por diferentes nombres —como embera-katíos, embera-chamí, epera-saija, etc.— de acuerdo con la región en que habitan (cerca de 70.000 hablantes). Estas tres lenguas, que se supone están lejos de caer en peligro de extinción, tienen el inconveniente de estar continuamente bombardeadas por el español, pues sus hablantes lo incluyen en sus oraciones casi inconscientemente, y de no ser por una denodada actitud de preservación de la lengua materna por parte de maestros y adultos en general en

¹⁵ *Idem*, págs. 115-116.



BREVÍSIMA
RELACIÓN
DE LA
DESTRUCCIÓN
DE LAS INDIAS.
GRABADOS DE
THÉODORE DE BRY.
1598.

sus programas de etnoeducación, estarían ya completamente interferidas por el idioma europeo. El resto de lenguas indígenas son muy inferiores en número de hablantes. El *namtrik*, por ejemplo, hablado por los guambianos, cuenta con unos 30.000 hablantes, y el *ika*, hablado por los aruakos, en la Sierra Nevada de Santa Marta, cuenta con unos 15.000 hablantes.

La mayoría de lenguas indígenas colombianas tiene un reducido número de hablantes; éstas se encuentran sobre todo en las regiones de la Orinoquía y la Amazonia. En el departamento del Vaupés, por ejemplo, existen 23 comunidades con lengua propia, que establecen reglas matrimoniales a partir de la diferencia de lenguas y cada una no supera los 1.000 hablantes. En serio peligro de extinción se encuentran idiomas como el *sáliva*, con escasos 20 hablantes; el *pisamira* y el *taiwano*, que no superan los 50 hablantes. Otras, como el *bará*, no alcanzan una centena de hablantes; o escasamente superan esta cifra, como el *karijona*, con menos de 300 hablantes. Al parecer, los hablantes del *tinigua*, lengua que fue estudiada por el CCELA hace unas dos décadas, se extinguieron, pues en el momento de su estudio quedaban cuatro hablantes adultos y los jóvenes no se interesaron por el habla de sus mayores.

La diversidad lingüística de nuestro país es también notoria porque se encuentran lenguas de todos los tipos atestiguados en el mundo: lenguas aislantes (como la mayoría de lenguas asiáticas) donde cada elemento involucrado en una oración se dice con un morfema (unidad significativa) aparte; lenguas aglutinantes (como el alemán), donde muchos de los elementos de

una oración que se dicen aparte en otras lenguas se presentan juntos en una misma palabra; lenguas flexionantes (como el español), donde muchas de las categorías gramaticales (tiempo, número, modo, etc.) que se presentan con morfemas o palabras separados en otras lenguas, se presentan unidos a raíces y amalgamando dos o más de estas categorías (como la terminación '-o' del verbo español 'comer', en 'yo como', que amalgama presente, singular, primera persona y declaración).

Mención especial merecen las dos lenguas criollas de nuestro país, que dan testimonio de una epopeya vivida por nuestros connacionales afrodescendientes. El *criollo* del palenque de San Basilio es el resultado de la unión de vocablos españoles con estructuras de las distintas lenguas que hablaban los esclavos africanos, agrupados por diferencia de lenguas para evitar rebeliones. Huidos a lugares inhóspitos, que llamaron 'palenques', los esclavos elaboraron un idioma artificial—fenómeno conocido en el mundo como *pidgin*— con los vocablos de la lengua española, común a todos, y con las estructuras de sus lenguas africanas maternas, también comunes a todos. Al mantenerse estas lenguas como lengua materna para las nuevas generaciones, se convierten en 'criollos', lenguas que, aunque artificiales y tomando elementos de otras lenguas, cobran autonomía y se equiparan a las lenguas naturales en su facultad para describir el universo y la vida. De igual manera, los habitantes del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, construyeron el criollo o *creol* de San Andrés, conocido ahora como *sanandresano*, a partir de vocablos ingleses y estructuras de lenguas africanas.¹⁶

En este rápido bosquejo de las lenguas colombianas, es de sumo interés agregar que éstas constituyen uno de los baluartes más significativos del llamado 'patrimonio inmaterial colombiano'; que su desaparición significa la pérdida de cosmovisiones milenarias de pueblos que constituyen gran parte de nuestra factura; que de no perderlos podríamos intentar trazar el perfil de una identidad confundida por las imposiciones de otros pueblos; que mirando en conjunto la conformación habitacional del país, vemos que no podemos seguirlo mirando en blanco y negro, en buenos y malos, porque lo que aquí nos atañe es recobrar todos la senda

¹⁶ Véase: PATIÑO, op. cit.

de un camino extraviado por los hechos históricos vividos hasta el momento y que desgraciadamente tienen su origen en el afán de pueblos de otras latitudes por usufructuar la inmensa riqueza con que, para su desgracia, fue dotada esta parte del Nuevo Mundo, que no ha podido contar su propia historia.

Al parecer, algo se ha avanzado en el camino del autorreconocimiento de los pueblos aborígenes, afroamericanos y mestizos de este subcontinente. La mirada desde nosotros mismos, y no como nos la dictan desde afuera, se está haciendo realidad. Los programas en lingüística y etnoeducación en universidades nacionales; la apertura de los nuevos programas de antropología en la capital y el Caribe; la presencia de maestros indígenas en las universidades para dictar cátedra sobre sus lenguas maternas; el creciente número de estudiantes inscritos en estas carreras y su inquietud por todo lo 'indio', lo 'afrocolombiano' e incluso lo 'gitano', también presente en nuestro territorio, nos dan un halo de esperanza de que, tal vez, las nuevas generaciones se sientan más orgullosas de sí mismas, de todos sus conacionales y se dispongan a cuidar sus inmensas riquezas, las de su pueblo, antes que para prepararse a servir a otros pueblos, solucionando su problema personal y dejando desaparecer los verdaderos valores del país que, como las lenguas que faltan por estudiar, se extinguen en nuestras narices.

BIBLIOGRAFÍA

- CABARCAS, HERNANDO. *Bestiario del Nuevo Reino de Granada. La imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo (Biblioteca Nacional de Colombia), 1994.
- COLÓN, C. *Los cuatro viajes. Testamento*. Edición de Consuelo Varela. (Citado por Patiño Rosselli, 2000). Madrid, Alianza Editorial, 1986.

- FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, t. iv. Bogotá, 1956, pág. 139.
- LANDABURU, Jon. "Clasificación de las lenguas indígenas de Colombia". En M.S. GONZÁLEZ (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2000, págs. 25-48.
- NIETO, Mauricio. *Remedios para el imperio. Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2000.
- PATIÑO R., CARLOS. "APUNTES DE LINGÜÍSTICA COLOMBIANA". EN *Forma y Función*, revista del Departamento de Lingüística de la Universidad Nacional de Colombia, N° 13, Bogotá, 2000, págs. 67-84.
- . *Sobre etnolingüística y otros temas*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2004.
- TRIANA Y ANTORVEZA, Humberto. "Las lenguas indígenas en la historia de Colombia". En M.S. GONZÁLEZ (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2000.
- . *Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo (Biblioteca Ezequiel Uricoechea, N° 2), 1987.
- TRILLOS A., María. *Pasión y vida de las lenguas colombianas*. Bogotá, Colciencias (colección Colombia Ciencia y Tecnología, vol. 2), 2003.

DANIEL AGUIRRE LICHT
Antropólogo, etnolingüista.
Departamento de Antropología,
Universidad de los Andes.
Director del Centro Colombiano de Estudios
de Lenguas Aborígenes, CCELA.

